

La poesía, esa mala costumbre

☐ De joven, los versos le significaron el despido de su empleo

☐ Diplomático de carrera, obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1962: falleció a los 84 años



TRES ETAPAS DE SU VIDA
La vuelta al mundo como diplomático



—Usted tiene buenos antecedentes, pero me dicen que escribe poemas. Eso no me agrada porque los versos son síntoma de malas costumbres y, al primero que le encuentre, usted se va de aquí. Y no me traiga melenudos. No quiero poetas en mi tribunal. ¿Comprendido?

Tan severa advertencia se la hizo a Juan Guzmán Cruchaga un ministro del Tribunal de Cuentas, en el segundo decenio de este siglo. El trabajo le vino muy bien a este joven de buena familia que necesitaba ganarse la vida, y paralelamente, de noche, trabajaba como reportero en *El Diario Ilustrado*. Solía dormir tres horas por día.

El futuro Premio Nacional de Literatura (1962), que en la semana pasada falleció a los 84, también mantenía una sociedad poética y comercial con su amigo Jorge Hübner. Su lema bien pudo haber sido "desde un poema de amor hasta una canción fúnebre". A cambio de una módica remuneración que la clientela a veces se

olvidaba de pagar, surgían cuartetos o sonetos para toda ocasión y servicio. Principalmente, para contar nutridos amores ajenos.

Ajuste de cuentas

A veces estas actividades se realizaban subrepticamente en el Tribunal de Cuentas, después de la jornada de trabajo. Hasta que un día cayó una repentina lluvia, y el Ministro antipoeta retornó al recinto para recoger su paraguas. A la mañana siguiente, llamó a Guzmán Cruchaga a su despacho:

—Habíamos quedado en que usted no haría versos, ni traería melenudos a la oficina. No cumplió su compromiso y, por lo tanto, le ruego presentar su renuncia.

No hubo argumento que valiera, y aquel mismo día tuvo que firmar su dimisión que fundamentó con las siguientes palabras: "por haber sido sorprendido escribiendo versos en horas que no son de oficina".

Tras un azaroso período de cesantía ingresó "de suche" en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Al cumplir un año (en 1917) recibió su primer nombramiento en el extranjero: cónsul honorario en Tampico, México; ganaba 180 dólares mensuales, siempre y cuando el consulado produjera ingresos, lo que no era demasiado frecuente. Allí vivió la revolución mexicana y también enfermó de paludismo, mal que lo hizo retornar a Chile, tan pobre como había partido. Fuera de su trabajo, hacía vida literaria con Daniel de la Vega, Germán Luco Cruchaga y otros, mientras publicaba sus versos en la revista *Zig Zag*. En aquella época escribió *Canción*, que tuvo inmediata resonancia y popularidad.

A los pocos días fue citado por el Canciller, Ernesto Barros Jarpa. Temeroso, llegó a una gran sala con cortinas rojas y, lleno de recelos, se sentó en el borde de la silla que le indicaran.

—¡Síntese bien! —ordenó el Minis-

tro—. ¿Usted publicó unos versos en *Zig Zag*?

—De ninguna manera— respondió Guzmán, que temblaba ante la idea de que por segunda vez le pidieran la renuncia por el pecado de ser poeta.

—Su nombre es Juan Guzmán Cru- chaga, ¿no es cierto?

—Sí, pero debe haber dos. Seguramente hay dos. A mí no me gusta la poesía.

Tras largos minutos, el Ministro le extrajo la confesión de que efectivamente era el autor de los versos. Entonces le dijo:

—Lo llamé para felicitarlo. Pero dígame ahora, ¿por qué estuvo tan temeroso?

Alma, no me digas nada

Canción alcanzó una resonancia tal, que incluso llegó a perjudicar al poeta: era identificado con estos versos en desmedro del resto de su obra. Fue producto de su amor desgraciado por la hermana de un amigo:

*Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.*

*Una lámpara encendida
esperó toda la vida*

tu llegada.

Hoy la hallarás extinguida.

*Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.*

*Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.*

*Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.*

La carrera diplomática de Guzmán Cru- chaga lo llevó a muchos lugares: Hong Kong y Oruro, Bahía Blanca y Hull, San Francisco y Salta, Arequipa, Bogotá, Caracas, Washington, Buenos Aires. Finalmente, embajador en El Salvador. Allí jubiló a comienzos de los años 60, sin jamás dejar de lado la poesía.

De memoria

Es un poeta fino, con amplio dominio de su oficio. Sus versos son humanos, límpidos, directos. El mismo definió la poesía como “expresión hermosa de un sentimiento o idea humanos”:

—Uno de los valores grandes de la vida

—añadió— es la ternura, y creo que mis versos han hecho algo por eso.

“No he escrito nunca un poema deliberadamente. Aparece un verso, toma forma, se rodea por otros. Escribo de memoria, en la calle o en cualquier otro lugar. Sólo después anoto el poema en mi escritorio. Pulo indefinidamente. Guardo un poema un mes o un año, y después vuelvo sobre el asunto. Publico uno de cada 10. A algunos les hallo cara de mal nacidos; trato de levantarlos. Pero si veo que no tienen remedio, los dejo.”

Hombre cargado de anécdotas, que sabía relatar con mucha gracia, también desplegaba su ingenio con versos de ocasión. Cuando regresó de El Salvador en 1962, la vista de aduana le dijo:

—Embajador, le daremos la atención preferente que merece su cargo.

Acto seguido, al escarbar en un bulto, rompió los vidrios de dos cuadros, y el embajador-poeta, ni corto ni perezoso, escribió en el mismo embalaje del cajón:

*De su preferente trato,
Dios nos libre y nos asista.
Niña tan larga de olfato
pero tan corta de vista.*

Hans Ehrmann ■